



tactos desconocidos” (310) –el mismo autor da cuenta de esta falta (“resulta necesario un estudio que se dedique exclusivamente a la semiótica del vestido en la España premoderna” [307]). No es sólo la manera en que estos objetos son descritos y tocados en las obras (teatrales) de la época sino cómo estas mismas obras están creando modas y estilo. El autor pone de manifiesto la importancia de la creación dramática y su representación en el corral como productos al mismo tiempo que productores de cambios sociales y culturales.

El libro se cierra con una extensísima bibliografía que pone al día la situación bibliográfica en lo que concierne a los estudios de urbanismo, espacio y ciudad. En conclusión, se trata de un trabajo muy completo que dentro de su eclecticismo teórico y de la variedad tan amplia de textos y autores analizados, no deja de tener una coherencia interna y de ser una aportación fundamental a los estudios sobre la ciudad de Madrid bajo el reinado de Felipe IV. Esta aportación fundamental queda manifiesta con la consecución del Premio de Investigación municipal “Antonio Maura” ofrecido por la Villa de Madrid en el 2005. Sugerente estudio que ahonda en las relaciones ciudad-literatura sin caer en el manido topos del reflejo. En palabras del mismo autor, *Espacio urbano y creación literaria* nos pone “a prueba los sentidos en un recorrido urbano saturado de estímulos” (72).

Nieves Romero-Díaz
Mount Holyoke College

GARCÉS, María Antonia. *Cervantes en Argel: historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005. 457 pp. (ISBN: 84-249-2783-4).

Durante los últimos años, la editorial Gredos ha decidido dedicar algunos volúmenes de su Biblioteca Románica Hispánica a traducir estudios que han alcanzado primeramente gran resonancia en el mundo académico estadounidense, y así difundirlos al resto del hispanismo en la lengua común de la profesión, el español. Esta política editorial supone notables beneficios para la historia de las literaturas hispánicas, pues solventa la tradicional separación entre los estudiosos anglo e hispanoparlantes, y además sirve para documentar las modas por las que pasa el hispanismo estadounidense. En el campo del Siglo de Oro, las traducciones de Gredos han puesto al alcance de los lectores castellanoparlantes estudios tan influyentes como *Los huérfanos de Petrarca* de Ignacio Navarrete, y el objeto de la presente reseña, *Cervantes en Argel*.

Cervantes en Argel, de María Antonia Garcés, llega con el halo de prestigio que rodea la obra original, *Cervantes in Algiers*, que obtuvo en diciembre de 2001 un premio de la Modern Language Association of America (MLA). Evidentemente, el tema del estudio de Garcés –el trauma y el mundo musulmán– llamó la atención del jurado del premio, pues los miembros del mismo establecieron explícitamente la conexión entre los atentados de septiembre de 2001 y el libro. Subrayando esta

línea de lectura, en el prólogo a la edición española de *Cervantes en Argel* Garcés menciona también los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, que aprovecha para enfatizar la actualidad del tema del libro.

Ya que los críticos estadounidenses y la autora misma reseñan la relevancia contemporánea del libro, recomendamos leer *Cervantes en Argel* desde este punto de vista anacrónico, que tal vez resulte creativo y que se halla en la base misma del libro de Garcés, como parece asumir la autora. El anacronismo aparece pese a que Garcés pretende recontextualizar la obra de Cervantes examinando los textos cervantinos en el marco de los cinco años de cautiverio del autor en Argel (1575-1580). *Cervantes en Argel* es, por tanto, un estudio biográfico que parte del supuesto de que resulta imposible entender un texto literario sin acudir a la vida personal del autor. Concretamente, Garcés basa sus interpretaciones biográficas en la teoría freudiana y postfreudiana, ya que, aunque cita estudios sobre el trauma que se podrían adscribir a varias escuelas, la ideología central, y a la que la autora dedica más espacio, procede de Freud, Lacan y Kristeva. Además, la autora rinde homenaje al consejo de “Anthony Sampson, psicoanalista y profesor de la Universidad de Cali”, que le ayudó a concebir el libro (16). Siguiendo estas variopintas autoridades, Garcés explica que la experiencia traumática –como la que, según ella, Cervantes sufrió en Argel– inflige una herida en la psique humana que la conciencia no puede procesar y asimilar si no es a través de pesadillas y acciones repetitivas que obsesionan al superviviente. La terapia psicoanalítica para estos traumas consiste en narrar reiteradamente la experiencia, preferiblemente ante un público, con el fin de que el sujeto pueda cicatrizar la herida sufrida en su subconsciente.

Según Garcés, esta tendencia de la víctima del trauma explica la repetida presencia del tema del cautiverio argelino –y otros cautiverios– en la obra de Cervantes: el autor estaría intentando con ello asimilar su experiencia, que cuenta y recuenta en sus creaciones literarias. De hecho, para Garcés la teoría del trauma también explicaría la propia creatividad de Cervantes, pues según los psicoanalistas al reconstruir la experiencia traumática el sujeto accede a su subconsciente y experimenta una explosión de fantasía. Con una frase cautelosa que no por ello dejará de levantar polémica, Garcés se pregunta incluso “si Cervantes se podría haber convertido en el gran creador que fue de no haber sido por el trauma argelino” (28). La autora encuentra apoyo para su afirmación en el hecho de que la *Información de Argel* que compiló Cervantes para la Corona sea la primera obra narrativa que conocemos del autor, y en el hecho de que su apellido “Saavedra” aparezca documentado por primera vez en 1586. Para Garcés, el apellido “encarnaba la cultura de la frontera” medieval, puesto que los Saavedra participaron destacadamente en la Reconquista. Además, el romancero celebraba a Saavedra como figura histórica: era un valeroso caballero capturado en lucha contra los moros. Con una interesante teoría, aunque bastante difícil de demostrar, Garcés sostiene que el apellido no pertenecía a la familia del autor, sino que éste lo adoptó como una suerte de cognomen, un mote que

simbolizara su nueva personalidad post-traumática (324) relacionándole con la experiencia del cautiverio a manos de musulmanes.

Garcés refuerza su lectura anacrónica comparando las obras –que ella considera postraumáticas– de Cervantes con las de otros escritores del siglo xx que igualmente sufrieron cautiverios o traumas, como Álvaro Mutis o Primo Levi. Garcés lee los textos de Cervantes inspirada por unas afirmaciones de Levi, quien sostiene que sólo comenzó a escribir para asimilar la experiencia de los campos de concentración nazis. Se trata de una conexión muy acorde con las tesis de la autora y con los acercamientos psicoanalíticos a Cervantes. Sin duda, estos acercamientos se podrían rechazar simplemente como anacrónicos y poco científicos. Las teorías de Freud y sus seguidores se entienden mejor dentro de su contexto cultural e histórico. Sin embargo, en el siglo xxi es forzoso reconocer que no representan verdades universales aplicables a todos los seres humanos, especialmente a personas pre-decimonónicas como Cervantes, que concebían la personalidad de modo pre-freudiano. Además, también resulta anacrónico comparar la manía testimonial de los europeos del siglo xx –particularmente las víctimas del Tercer Reich– con los muy diferentes hábitos confesionales de los españoles del siglo xvii. Sin embargo, criticar a Garcés por su acercamiento psicoanalista supondría minar su matriz disciplinar, rechazar de entrada su punto de vista. Por tanto, parece más aconsejable adoptar una postura relativista, y aceptar las ideas de Garcés como una contribución ensayística al cervantismo y una muestra del hispanismo estadounidense de comienzos del siglo xxi.

Otros aspectos del libro resultarán más cuestionables para los lectores. Por ejemplo, la autora habla reiteradamente de sus propias experiencias traumáticas –como, según ella, hacía Cervantes en su obra–: su secuestro (35; 255) y la muerte de su hijo (19), en lo que algunos lectores considerarán una intromisión de la autobiografía en un estudio científico, y una muestra de falta de distancia crítica con la materia estudiada. Además, Garcés conserva algunos juegos gráficos y conceptuales en lengua inglesa –propios más bien de modas críticas ya pasadas– como el de “M(Other)” (272), con el que intenta expresar una tesis sobre la Virgen María y Cervantes que quizás debería haber explicado en más profundidad. En el aspecto lingüístico, el libro presenta varios errores que en ocasiones dificultan la comprensión. Entre muchos ejemplos posibles, podríamos citar “de acuerdo con” (por “según”) (48), “promovido” (por “ascendido”) (76), “asumir” (por “suponer”) (277), o “chitas” (260). Con esta última palabra Garcés no se refiere a la expresión “a la chita callando”, sino, parece ser, al inglés *cheetas*, “guepardos”, animales que, por otra parte, no habitan el norte de África, donde los sitúa Garcés. Asimismo, la autora carece ocasionalmente de precisión y elegancia, como en las expresiones “libramiento del secuestro” (por “liberación”) (36), “vuelos añicos” (por “hechos”) (45), “vórtice del trauma” (por “abismo”) (49), o “rata de mortalidad” (por “índice”) (246). Junto a estos fallos estilísticos, se le podrían reprochar otros de contenido, principalmente en lo que respecta a la originalidad, aunque esta se alcanza con dificultad en libros sobre Cervantes. Pese a que Garcés afirma que no existen estudios



sobre el tema que trata, y que el cautiverio de Cervantes sólo ha sido tratado de manera fragmentaria (31), lo cierto es que lo han analizado autores como Américo Castro, Juan Bautista Avalle-Arce, Juan Goytisolo y Luis Rosales. Además, recientemente Sola y de la Peña han publicado un libro –*Cervantes y la Berbería*– que contiene casi todos los datos que reseña Garcés. En cuanto a la teoría del trauma, Enrique Fernández la ha utilizado en un artículo también reciente para aplicarla al análisis de *Los tratos de Argel*. Garcés habría conseguido despejar estas críticas si hubiera señalado concretamente cuáles son sus aportaciones con respecto a estos otros estudios.

En todo caso, las posibles objeciones no oscurecen los grandes méritos del libro de Garcés: escribe con claridad y organización, y con una prosa agradable de leer. Asimismo, los capítulos que la autora dedica a retratar el cautiverio argelino están extraordinariamente documentados, y servirán eternamente como excelente obra de referencia sobre esta etapa de la vida de Cervantes. Al considerar el acercamiento psicoanalítico de la autora y a su análisis de los textos cervantinos, reiteramos que podrá resultar polémico, pero que recomendamos estudiarlo con mente abierta, como una muestra de ensayística creativa.

Antonio Sánchez Jiménez
Universidad de Amsterdam

RICHARD, Nelly. *The Insubordination of Signs: Political Change, Cultural Transformation, and Poetics of the Crisis*. Trad. Alice A. Nelson y Silvia R. Tandeciarz. Durham/London: Duke University Press, 2004. 129 pp. (ISBN: 0-8223-3339-2)

El año 2006, enmarcado por dos eventos de suma importancia simbólica para Chile, fue un año propicio: Michelle Bachelet asumió el cargo de la presidencia en marzo y Augusto Pinochet falleció en diciembre. La llegada al poder de una mujer (socialista) y la muerte de uno de los dictadores más infames en la historia reciente de América Latina parecen señalar la continuación de una etapa prometedora en Chile y el fin de otro capítulo penoso, y no cabe duda que estos acontecimientos provocarán interés renovado en reevaluar la década perdida de Chile y la transición democrática en aquel país.

Para ayudarle a entender la magnitud de los eventos recientes en Chile, el público lector angloparlante ahora tiene a su alcance los textos esenciales de Nelly Richard, crítico cultural, fundadora y directora de *Revista de crítica cultural* (Santiago, Chile). Autora de unos de los estudios más agudos sobre la estética postmoderna en Latinoamérica, Richard no ha gozado de la misma fama en los foros anglófonos que otros críticos hispanos de su estatura (Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, y otros) precisamente porque su obra no se ha difundido extensamente en inglés. Aunque se han traducido y publicado unos cuantos ensayos, por la mayor parte su obra ha permanecido desconocida fuera del mundo académico hispanoha-

